

Edel L. Tusell
Oropesa
Miguel A.
Hernández García

*La presencia de la
Sociología en el
pensamiento de
Enrique J. Varona*

Entre las muchas materias que elevaron a Enrique José Varona hasta las cumbres del quehacer intelectual en Cuba, se encuentra la Sociología. No fue un sociólogo en el sentido de haber dejado una obra escrita en que quedaran expuestas sus concepciones generales sobre esta especialidad. Pero esto no implica que careciera de una concepción sociológica determinada, ni que esas concepciones dejaran de estar presentes en muchos de sus trabajos, tales como: *El bandolerismo en Cuba* (1888), *El fracaso colonial de España en América* (1896) o *El imperialismo a la luz de la Sociología* (1905), por solo citar tres ejemplos.

El francés Augusto Comte y el inglés Herbert Spencer se cuentan entre los que más influyeron en sus concepciones en este campo, sin descontar algunos cuyas obras fueron utilizadas como bibliografía en sus cursos universitarios.¹

Del filósofo y sociólogo francés, tomó la idea de que la evolución social transcurre por medio de dos grandes períodos, el militar y el industrial. Más adelante Varona nos habló del período comercial, coincidiendo este con la fase imperialista de la sociedad capitalista. Como Comte, se empeñó en constituir a la Sociología en ciencia. Mas, estimando que «en este dominio [...]

¹ Pablo Guadarrama menciona a estos autores: F. H Gidding, L. F. Ward y E. Durkheim en *El pensamiento filosófico de Enrique José Varona*, p. 107, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1987.

sólo poseemos algunas generalizaciones previas, indicaciones que están lejos todavía de pasar por leyes»,² afirmó que esta rama del saber estaba aún en estado de gestación.

De Comte tomó, además, determinados elementos que él mismo se encargó de precisar. Refiriéndose a este, dice que «en su primera época extiende y preconiza el método inductivo, sigue la corriente que fija en la experiencia el último e irrevocable criterio y entra en las vías de la gran reforma filosófica de nuestro tiempo, que huye de las afirmaciones extremas, escollo en que han naufragado las anteriores. En todo este período predomina razonablemente lo objetivo y las generalizaciones filosóficas son legítimamente aceptadas por las ciencias».³ La valoración positiva de esos elementos nos expresa cuáles fueron los que en su primer período caracterizaron las concepciones de Comte. Estos elementos no solamente se encuentran en este, lo cual significa que no necesariamente haya tenido que tomarlos únicamente de él. Es indispensable tener esto presente, dado que no fue, como otros —por ejemplo, el científico cubano Andrés Poey— un seguidor incondicional de las concepciones del fundador del positivismo.

No fue, en este campo como en ninguno otro, un simple eco de autores extranjeros. Continuando la tradición electiva elaborada por sus antecesores nacionales, el padre Caballero, Varela y Luz, imprimió a su obra determinada dosis de originalidad, que explica por qué Carlos Rafael Rodríguez pudo decir que fue «un sociólogo que removió la cátedra universitaria».⁴

En muchos aspectos difirió de Comte. Cuando se refirió a la segunda etapa de la obra de este, apreció que había puesto manos como a derrocar su obra, evocando las fantasías de los más febricitantes soñadores. En la valoración crítica de este segundo período tiene en cuenta la pretensión de Comte de erigirse en el Sumo Sacerdote de la nueva religión positiva que dijo haber fundado, asentándola sobre la nueva Sociología que, según creyó, con él había arribado a su fase definitiva, científica y positiva.

² E. J. Varona: «Ojeada al movimiento intelectual en América», *Discursos y Conferencias*, p. 82, La Habana, 1936.

³ _____: *El Positivismo. Estudios literarios y filosóficos*, p. 281, Imprenta la Nueva Principal, La Habana, 1883.

⁴ C. R. Rodríguez: «Varona y la trayectoria del pensamiento cubano», *Letra con filo*, t. III. p. 122, Ediciones Unión, La Habana, 1977.

No únicamente fue esto lo que Varona sometió a severa crítica en la obra comtiana. También criticó la ley de los tres estadios, la clasificación de las ciencias, así como el intento de poner límites al conocimiento racional, bajo la consideración de que siempre sería perjudicial y perturbadora una investigación científica demasiado detallada. Estimó que era ese el resultado natural a que se llega cuando se utiliza un procedimiento subjetivo, en pos de una meta prefijada de antemano, con lo cual quedaba sacrificada la primera parte de su obra en aras de la segunda, que para Varona era inaceptable. Esta fue criticada desde la base en que se asentaba: una metodología de carácter subjetivista. Al respecto, dijo: «He aquí los frutos del método subjetivo. Lo que no cabe en el molde estrecho de la teoría, se mutila, se desfigura, y de este modo la verificación es un mero juego de cubiletes».⁵

Animado por el afán de encontrar respuestas a sus interrogantes y de ensanchar el caudal de sus conocimientos, por medio de sus lecturas, cruzó el canal de La Mancha y trabó contacto con el positivismo inglés. Allí se encontró con un mundo nuevo; con el mundo por la obra de John Stuart Mill, Alexander Bain y Herbert Spencer, por sólo mencionar aquellos autores que más merecieron su atención. Así, dejaba atrás, como un faro que ilumina riberas adonde no se ha de volver, al positivismo comtiano. Sobre todo, reprobaba el régimen teocrático que preconizaba, a la vez oligárquico y dictatorial, como la meta prefijada de antemano, en la que había desembocado la obra del célebre creador de esta corriente.

En lo que se refiere a las concepciones sociológicas, fue Herbert Spencer quien más influyó en sus ideas. Este había creado la llamada teoría orgánica de la sociedad, en mucho elaborada en contacto con la teoría evolucionista de Darwin.

Varona fue convencido promotor de esta teoría en nuestro país. Por eso pudo acoger la teoría orgánica como la que más se avenía a las tendencias que seguía, y a muchas de las motivaciones y propósitos que albergaba en su mente.

La teoría orgánica en buena medida extrapola las leyes que funcionan en los seres vivos a la vida social, sin tener en cuenta las diferencias cualitativas que median entre los unos y la otra.

⁵ E. J. Varona: *El Positivismo, Estudios literarios y filosóficos*, p. 302.

Varona aceptó esta teoría, introduciéndole modificaciones sustanciales; no siempre depurándola de todos sus defectos. En torno a la misma había elaborado sus concepciones más abarcadoras, por lo cual le hemos considerado un representante del materialismo científico-natural, más que del positivismo, con el que generalmente se le vincula.

Para la aceptación de la mencionada teoría contaba con un elemento que favorecía la ocurrencia del hecho: interpretaba los datos que le servían de fundamento para sostener que el hombre es «un animal perfeccionado», en el sentido de ser producto de una evolución natural en el mundo animal y, en general, del mundo orgánico. Ante quienes negaban su carácter científico, dado que no estaba suficientemente probada, aseveró que: «lo que esa teoría evolucionista no había dicho aún, no lo decía otra alguna, pero que lo que explicaba ya, no lo explicaba ninguna otra; en fin, que siempre habrá sido la primera que ha dicho al hombre: para conocerte a ti mismo, para determinar el lugar que ocupas en la naturaleza, para descorrer el velo de los orígenes, te bastas a ti propio, te bastan tus métodos, te basta tu ciencia».⁶

Concibió a la sociedad como un organismo en el que sus órganos cumplen funciones específicas y complementarias, funcionando como partes de un todo íntegro. Como tal, está sujeto «a la gran ley que rige la vida de las sociedades, como la de todos los organismos: una evolución incesante, o sea, una adaptación continuada a las circunstancias externas, merced a la transmisión hereditaria de los caracteres útiles, adquiridos en el curso de la vida individual y colectiva».⁷

Es el uso que hace de los términos propios de la teoría evolucionista, utilizados también en la teoría orgánica. Al parecer, siguiendo esa tendencia, se sintió obligado a establecer un puente entre el mundo animal y el humano, y a admitir la existencia de fenómenos tan específicamente sociales como los morales en el mundo animal. En 1878 afirmó: «Tan pronto como la asociación por familias se ha presentado en la forma de un hecho constante en determinadas especies, encontramos que ha surgido el respeto a la vida del animal semejante, que ayuda a la función

⁶ *Ibidem*, p. 311.

⁷ E. J. Varona: *Conferencias Filosóficas. Moral*, p. 173, Establecimiento tipográfico O' Reilly, La Habana, 1888.

reproductiva, comienza la simpatía y los actos adquieren un carácter manifiestamente moral».⁸

Esto nos descubre y pone a plena luz la intención preponderante que guía a Varona: explicar el origen del hombre como resultado de un proceso de evolución en el mundo animal, por la misma razón de que lo concebía como un animal perfeccionado, lo cual revela el secreto encerrado en su opción por la teoría orgánica de la sociedad.

Como todo hombre, se vio obligado a elegir entre las alternativas reales que se le presenten en el curso de su vida, y dada toda nueva teoría debe empalmar el nacer con las ya existentes, debió optar entre aquellas que atribuían al hombre un origen divino y esta, en la cual se hacía posible explicar el origen natural del hombre y la sociedad. Su opción, desde luego, fue en favor de esta última. Quiso hacer de ella el instrumento idóneo para demostrar el origen natural del hombre, como también, sobre esa misma base, el funcionamiento espontáneo de la sociedad, proscribiendo toda posible explicación teológica.

Siguiendo ese camino arrastró consigo algunos de los elementos negativos adheridos a esta teoría. En las etapas iniciales de su obra admitió la supervivencia de los más aptos en la lucha por la existencia y, como resultado de la evolución, la existencia de razas inferiores y superiores. Más adelante, una vez alcanzada su plena madurez intelectual y política, evitó recurrir a estos términos, los que prácticamente desaparecieron de su obra escrita. Rechazaba de este modo determinados elementos que aparecían inicialmente en su obra, los cuales, sin embargo, nunca llegaron a matizar las posiciones políticas que adoptó.

Pese a la existencia de esos elementos, no es justa una valoración en la que se sustente la filiación de Varona dentro del darwinismo social. Este conduce, por las ideas que sustenta, a posiciones políticas excluyentes. Pero nunca fue ese su caso.

Tal posición, en la situación específica de Cuba —dada su composición étnica y social— le hubiera conducido a la justificación teórica y moral de la esclavitud y hasta a la inacción frente al dominio colonial, siquiera en virtud de la mayor de nuestro conquistador. Pero Varona fue siempre, desde la etapa inicial de su vida pública, un defensor de la abolición inmediata

⁸ _____ : «La moral en la evolución», *Estudios literarios y filosóficos*, p. 321.

e incondicional de la esclavitud, un fundador y un militante luchador por el derecho de su patria a la independencia.

Lejos de justificar la esclavitud, comprendió cabalmente que su abolición era indispensable, no sólo para facilitar el desarrollo económico y social del país, sino porque según expresó «sólo desde el momento en que impera por igual el derecho, sólo desde el momento que se abaten las desigualdades artificiales que la codicia y la fuerza, no la naturaleza, ponen entre los hombres; sólo desde ese momento tienen derecho los pueblos para reclamar la consagración de su libertad».⁹

Ni justificó la esclavitud, ni tampoco adoptó una actitud discriminatoria hacia ninguna raza. No lo hizo siquiera en los momentos en que utilizaba incorrectamente aquellos términos. Lo prueba, por ejemplo, su poema *Bajo la capa del cielo*, escrito en 1879, en los mismos inicios de su obra, en el cual fustiga duramente las infamias de ese régimen cruel e inhumano. Por eso, si tomamos en calidad de criterio de que una determinada concepción ha sido realmente asumida, en la medida en que pauté la conducta de los hombres en las prácticas de la vida, es posible afirmar que Varona no fue nunca, en verdad, un adepto del darwinismo social.

No es el caso de Spencer. El aristócrata inglés, criticado por Martí, quien fue representante de un individualismo extremo y de un liberalismo sin fronteras, siguiendo el cual se opuso a que el Parlamento inglés legislara en favor de los trabajadores, porque con ello favorecía la supervivencia de los menos aptos en la lucha por la existencia. La miseria y la abyección de los trabajadores lanzados al desempleo eran debidas, según él, no a las condiciones de vida a que se veían sometidos, sino a su naturaleza defectuosa, la que nunca sería susceptible de mejoramiento. De ahí que interpretara el mandamiento cristiano de «comerás el pan con el sudor de tu frente», como la enunciación de la ley biológica general en virtud de la cual una criatura incapaz de bastarse a sí misma debe perecer.

Nada de esto, sino lo contrario, es lo que encontramos en Varona, quien se manifestó siempre por la abolición de la esclavitud y nunca sostuvo una posición racista. En lo referente a esta

⁹ _____: *Discurso en La Fraternidad. De la colonia a la República*, p. 20, Editorial Cuba Contemporánea, La Habana, 1919.

cuestión particular, lo primero que observamos es que cuando se refería a una raza, tenía en cuenta un determinado pueblo o a un grupo de ellos. Así, por ejemplo, se refirió a la raza latina o la sajona, como también a la raza española o cubana, en este caso, teniendo en cuenta a nuestro pueblo multiétnico.

En 1898, cuando el novelista Pierre Loti abogaba por una alianza de los pueblos latinos, esto es, de España, Italia y Francia, basado en la mayor afinidad étnica de estos pueblos, contra los de cepa sajona, en particular contra los EE.UU. para favorecer al colonialismo español en Cuba, Varona se le enfrentó, ilustrando la muy heterogénea composición étnica de aquellos pueblos. Apreciaba en esa ocasión que «no cabría encontrar base más deleznable para una acción política mancomunada, que esa de afinidades étnicas; porque sería difícil de encontrar una abstracción más hueca que esa de raza latina».¹⁰

Afirmaba entonces que «el hecho dominante en el estado actual del mundo, no es la existencia de distintas nacionalidades, sino de diversos grupos de civilización».¹¹ En lo que todo parece indicar que fue su concepción definitiva sobre este asunto, concluyó expresando que «lo importante no es la sangre, sino el puesto que se ocupa en la escala de la civilización».¹² De este modo, las que llamó razas superiores estaban representadas por pueblos que habían ascendido a un peldaño más alto en la escala de la civilización.

Años más tarde, diría: «Dura prueba para los espíritus reflexivos, madurados por la experiencia de la vida, esta inaudita conflagración. [...] Más dura aún, porque nos hace asistir a la resurrección de sentimientos que podíamos creer enterrados para siempre con las edades en que eran predominantes. Cuando los sabios se han visto obligados a cohonestarla, nos han dado por única disculpa el antagonismo de razas; germanos contra eslavos. Lo que quiere decir que se evoca un mito, el de la raza, para disculpar el odio, o el miedo, que es lo mismo, de pueblo a pueblo».¹³

¹⁰ E. J. Varona: *Artículos*, p. 208, Publicaciones del Ministerio de Educación, La Habana, 1951.

¹¹ Ídem.

¹² *Ibidem*, p.210.

¹³ _____ : «Discurso por la Recepción en la Academia Nacional de Artes y Letras», en Pichardo, Hortensia: *Documentos para la Historia de Cuba*, t. III, p. 446, La Habana, 1973.

Lo anteriormente expuesto muestra que si Varona fue impreciso en la utilización de esos términos, no lo hizo por puro descuido. Para él, la raza constituye un mito, pues más importante que la herencia étnica, considerada exclusivamente desde el punto de vista biológico, es la escala de la civilización y cultura a que se haya elevado un determinado pueblo en su desarrollo histórico. Fue por eso que pudo encontrar mayor distancia entre España y Francia, con mayores afinidades étnicas entre sí y separadas por la única barrera de los Pirineos, que entre Francia y los Estados Unidos por su mayor similitud en cuanto a su nivel de cultura y de organización política, entre los cuales media la inmensidad del Atlántico.

Había dicho una vez, en 1887, que los hombres vivían en sociedad con sus diferencias; cierto, pero en virtud de lo que tienen de semejantes. Esa semejanza, lo común a todos, es su naturaleza social. Por eso, todos debían contar con el derecho a ser tratados como iguales.¹⁴ Es esta, indudablemente, la concepción fundamental que desde temprano había hecho suya respecto al hombre, la que había puesto de manifiesto en sus actitudes concretas.

En 1888 expuso cuáles son, a su entender, los factores que intervienen en el desarrollo social. Escribió: «El país (medio físico), la raza (herencia étnica), la historia (herencia psíquica), las costumbres, la organización social y política, la moralidad, la cultura general, son los factores del desarrollo y crecimiento de los grupos humanos».¹⁵ A primera vista esto parece expresión de una concepción multifactorial del desarrollo social.

Vale decir que, en verdad, son muchos factores que, si bien en medida desigual, intervienen en este desarrollo; pero más adelante aclara: «Aunque las condiciones externas del país que ocupa un grupo humano influyen en los hechos sociales, lo hacen de un modo indirecto y a través de lo que pudiéramos llamar atmósfera social. Lo mismo pasa con los antecedentes étnicos. Son factores importantes; pero su acción es difusa y esto, dejando a un lado lo poco que sabemos de ella en realidad. En un caso particular resulta muy difícil determinarla. Podemos, pues,

¹⁴ E. J. Varona: *De cómo no es una paradoja la igualdad*, Selección y Prólogo de José A. Fernández de Castro, p. 232, Secretaría de Educación Pública, México, 1943.

¹⁵ _____: «El bandolerismo», *Revista Cubana*, p. 480, La Habana, junio de 1888.

cuando se estudia un fenómeno social concreto, contentarnos con las causas de orden sociológico».¹⁶

Según expresa, el conjunto de factores que intervienen en la producción de un hecho social dado, se presenta diluido en una determinada atmósfera social y se traducen en causas de orden sociológico, pues son los que directamente lo provocan. De haber aceptado que fuese lo contrario, la Sociología para él carecería de objeto, dado que como tal resulta inconcebible sin un objeto específicamente social.

Observamos que Varona no dejó de utilizar, al menos durante mucho tiempo, una terminología sociológica tomada de la teoría orgánica. Esto sucede, por ejemplo, cuando hace uso del término herencia para explicar el desarrollo de un fenómeno tan específicamente social como la moral. Así lo vemos cuando considera que «los sentimientos morales se transmiten por herencia de los padres a los hijos, pasan de generación en generación, y acaban por extenderse a los grandes grupos étnicos que llamamos naciones y razas».¹⁷ En realidad se refiere a la herencia social; a la tradición acumulativa inherente a las sociedades humanas. De ese modo pueden alcanzar cada vez más altas cuotas de cultura y civilización que puede ser desigual, tanto como el desarrollo histórico de los pueblos, por la acción de muy diversas causas.

Por eso pudo referirse a la evolución sociológica como la más vasta y compleja de todas «en que los individuos son tribus, razas, pueblos, grandes naciones y cuyo apogeo estará en la cumbre –tal vez ideal y por lo mismo no imposible– adonde acudirán los pueblos a hacer patente el secreto de su común solidaridad, donde se romperá el pacto tácito de la eliminación por la guerra y se redactará el código de la paz universal».¹⁸ Creyó, pues, en un desarrollo ascendente de la moral, unido al despliegue de la cultura integral de los pueblos.

En cuanto a la cultura tenía en cuenta que, estando el hombre, por su origen, a dos pasos del animal, la diferencia entre ellos aumenta en proporción con la distancia en que aquel re-

¹⁶ Ídem.

¹⁷ _____ : *Conferencias Filosóficas. Moral*, p. 53.

¹⁸ _____ : *Conferencias Filosóficas. Lógica*, p. 17, Editorial Miguel de Villa, La Habana, 1880.

duce al mínimo su parte de bestialidad, separándose de este. «El gran instrumento de educación es la sociedad».¹⁹ De ese modo, interpretamos que identificaba la cultura con el nivel de humanización del hombre, dado por la superación incesante de los instintos animales, estimando que era susceptible de un desarrollo continuo, en un proceso internamente unido al progreso social.

No en balde en las *Conferencias Filosóficas*, en las específicamente consagradas al tema de la moral, declaró que su objetivo era demostrar la subordinación de los fenómenos de orden moral a los fenómenos de orden social. Si coincidiéramos en que esta formulación no es lo suficientemente precisa, puesto que admitió ciertos antecedentes de la moral en el reino animal, tén-gase presente que años más adelante precisó: «La moral es una cosa puramente humana. En el resto de la naturaleza no se encuentra. Ni debajo, ni encima del hombre. Varía con él, como él varía en el tiempo, varía en el espacio».²⁰

Esto nos dice que al fin y al cabo sostuvo la concepción del hombre como un ser eminentemente social, sujeto a las mismas transformaciones del fenómeno primordial: la sociedad.

La formación del individuo por la sociedad cambia, según apreciaba, en correspondencia con la extensión y cohesión del grupo. Desde luego, no es lo mismo una sociedad primitiva que una sociedad moderna. Pero «en este caso como en aquel caso el individuo recibe de fuera la impresión que lo modela y se encuentra al cabo pensando, queriendo y obrando como su maestro anónimo e incógnito: la sociedad de su época».²¹

Sobre esta base, se opuso al enfoque apriorístico de los fenómenos morales, desde el imperativo categórico kantiano hasta aquella noción del deber a la cual Spencer infundía vida a partir de la construcción mental de un estado social perfecto. Para él, la sociedad objetivamente existente, a la que de un modo u otro debe acomodar su conducta, constituye la fuente de la que se nutre la formación del hombre, conformando sus preceptos morales.

Refiriéndose específicamente a Spencer, escribió: «Sin entrar por ahora en una crítica a esta concepción, que se aleja mucho

¹⁹ E. J. Varona: *Cuba Contemporánea*, p. XXIII, La Habana, 1921.

²⁰ *Ibidem*, p. 11.

²¹ _____: *Fundamento de la moral*, p. 115, Appleton y Cia, New York, 1903.

menos de lo que parece de las que preconizan las escuelas racionalistas, baste notar que un ideal de sociedad ha de estar construido con elementos de su estado actual; el australiano se formará el suyo; el suyo el chino y el inglés otro muy distinto». ²² Para él, fuera de cada agregado y de las condiciones específicas de vida que engendran determinadas normas de conducta, es inútil ir a buscar la utilidad y la bondad de otras normas, que no sean las que históricamente han sido establecidas como lícitas.

Dentro de ese agregado, la conducta moral no ha de quedar muda en las intenciones subjetivas del agente, sino que deben tener expresión tangible y efectiva, para que pueda tener un valor objetivo general y ser reconocidos socialmente como tales. Es lo que sucede con los actos en los cuales se expresa y acredita de modo real y efectivo la solidaridad entre los hombres.

Derivaba la necesidad de la solidaridad de la naturaleza social del hombre y veía en ella el criterio para la valoración de las acciones morales. Estimaba que «la conducta es buena o mala en cuanto mira a las relaciones entre el agente y sus semejantes con quienes vive en sociedad. El carácter general de estas relaciones, para que sean consideradas como morales, es que respeten la solidaridad». En esta noción encontramos el criterio de las acciones morales: «cuanto viole la solidaridad es inmoral; cuanto la favorezca es moral». ²³

Sobre esta base criticó el egoísmo exacerbado de las clases. Refiriéndose a esto, observó: «Pero aún en los pueblos civilizados, desde que un grupo privilegiado se aísla del resto de los coasociados, comienzan a producirse obstáculos insuperables para el desenvolvimiento nacional. Lo que se ha llamado espíritu de clase no ha sido más que un egoísmo colectivo de partes del cuerpo social y en antagonismo permanente». ²⁴ Pero el blanco fundamental de sus críticas fue, sobre todo, el egoísmo de las clases privilegiadas, lo cual hizo patente a lo largo de su vida.

Creó posible y deseable la conciliación de las clases, estimando que «el funcionamiento regular de un cuerpo social se efectúa por el concierto y la concordia de las distintas actividades; en

²² *Ibíd.*, p. 111.

²³ E. J. Varona: *Fundamento de la Moral*, p. 31, Editorial Appleton y Cía, New York, 1903.

²⁴ _____: «Los cubanos en Cuba», en Lizaso, Félix: *El pensamiento vivo de Varona*, p. 161, Primer Festival del Libro Cubano, Lima, Perú.

otros términos, de las distintas clases sociales».²⁵ Pretendía y creía posible la subordinación de los intereses de todas las clases y sectores sociales a un interés general de la nación. Sostenía la esperanza de que la fuerza superior, llamada a hacerlas confluir en un mismo cauce, fuera «un ideal común».²⁶ A su vez, estimaba que este ideal sólo podría ser forjado y sostenido sobre la base de propugnar la mayor cuota de igualdad posible en el plano de las relaciones sociales.

Resulta posible afirmar que en el ideal social de Varona quedaban excluidos los extremos que genera la acción de los mecanismos espontáneos que funcionan en la sociedad capitalista: la riqueza extrema en uno de sus polos y la miseria insoportable en el otro. Deseaba procurar la satisfacción de las necesidades básicas, tanto materiales como espirituales de los trabajadores y, en general, de los desheredados. Procuraba, en resumen, una distribución más equitativa de la propiedad y de la riqueza y sentía el imperativo de viabilizar el logro de una vida decorosa y digna para todos los cubanos.

No es del caso analizar si este ideal tenía o no aristas utópicas. Pero si es cierto que un ideal de sociedad se conforma a partir de la que realmente existe en un determinado momento —como él mismo sostuvo— vale recordar que elaboró el suyo en la Cuba colonial de la segunda mitad del siglo XIX, cuando Cuba todavía continuaba lastrada por la institución de la esclavitud y estaba sometida al poder colonial de España; en momentos en que era necesaria la unión de los sectores y clases sociales diversas, para con ella hacer factible el logro de la independencia nacional. Entonces se precisaba de la unidad de todos los cubanos y por eso tenía un profundo sentido el lema de «con todos y por el bien de todos», enarbolado por José Martí, el cual indudablemente compartió. Hijos legítimos de su país y de su tiempo, su posición —en muchos aspectos— resultó ser en gran medida coincidente con la seguida por el Apóstol.

Ha quedado suficientemente demostrado que, pese a la huella innegable de la teoría orgánica, Varona concibió al hombre como un ser eminentemente social, lo cual le sirvió de plataforma general para afrontar problemas sociales determinados y

²⁵ *Ibidem*, p. 162.

²⁶ *Ídem*.

aun para estructurar su conducta en la práctica de la vida política concreta. Pero queda por determinar cuál es el elemento que, dentro de la vida social desempeña, en su concepción, el papel fundamental en el conjunto de sus interrelaciones y en su desarrollo.

Al menos desde 1896, en un trabajo consagrado a explicar las causas del fracaso español en sus colonias de América, había fijado la atención sobre cuál era ese factor. Entonces dijo que, empezando por los factores económicos, que son *los primarios* y terminando por los políticos, que son su expresión suprema, todo allí conspiraba para hacer estallar la rebelión liberadora contra España.²⁷ Sin embargo, constataba que una vez lograda la independencia, continuaba el mismo régimen económico social que había instaurado el régimen colonial, con el lastre de las mismas ignominias que pesaban sobre la población, sobre la autóctona principalmente. A esto atribuyó la constante inestabilidad política que aquejó en lo adelante a esa vasta región, en detrimento de sus pueblos.

Con la misma óptica económica analizó el proceso revolucionario cubano de 1895, así como los procesos que tuvieron lugar antes de la primera intervención estadounidense en nuestro país y después, una vez instaurada la República neocolonial en 1902. No dejó de ser la misma por el resto de su vida.

En 1905 pronunció una conferencia titulada *El imperialismo a la luz de la Sociología*, en la que no dejó de utilizar en calidad de instrumento conceptos propios de la mencionada teoría orgánica; pero aquí es posible mostrar que dicha teoría, puesta en función de objetivos distintos de los que en su versión original había tenido, experimentó en sus manos una sensible transformación. Esto significaba un gran paso en la dirección de ajustar la Sociología para que le proporcionara las pautas indispensables para dar solución a las demandas históricamente creadas en nuestra sociedad.

Según Varona, al organismo social le es inherente la tendencia a adquirir mayor complejidad, en la medida en que ocurra el crecimiento y la expansión a costa de territorios contiguos. Pero una vez que hayan sido absorbidas las unidades dispersas, ya integradas en un determinado centro, en una unidad políti-

²⁷ E. J. Varona: *Conferencias Filosóficas. Moral*, p. 252.

ca, tiende a crecer por la asimilación de nuevos elementos. Así llega a la definición del imperialismo como «la forma de integración o crecimiento de un grupo humano cuando llega a tener la forma de dominación política sobre grupos diversos de distinto origen, próximos o distantes del grupo principal».²⁸

Entendiendo que el imperialismo era un fenómeno viejo al que se le daba un nombre nuevo, tomó en calidad de ejemplos representativos a Roma e Inglaterra. A esta sobre todo, dado que era el imperialismo más cercano en el tiempo y en el espacio, y el existente en su momento. De este modo ponía a la vista su insuficiente distinción entre el imperialismo clásico y el moderno, lo cual repercutió en las posiciones políticas concretas que asumió cuando llegó la hora de enfrentar los problemas reales y de indudable importancia que debió afrontar en lo adelante. Se limitaba entonces a aceptar lo que le mostraba la experiencia histórica secular de la humanidad hasta el momento que le tocó vivir. No se debe perder de vista que el imperialismo moderno apenas había dado sus primeros pasos a la altura de 1905.

Estimaba necesario, para que una sociedad arribara a su fase imperialista en ella estuviesen creadas estas tres condiciones: crecimiento, aumento y concentración de la población; un nivel de desarrollo que hiciera posible la acumulación de capitales y su empleo en las empresas de colonización y, por último, una cultura mental superior. Veamos brevemente qué situación presentaba Inglaterra a la cual, como se ha dicho, tomó en calidad de principal modelo para su estudio.

Inglaterra, según apuntó, contaba en esos momentos con unos 42 millones de habitantes, de los cuales entre el 60 y el 77 % vivían en ciudades; unas 85 en total considerando Irlanda, de las cuales 76 eran propiamente inglesas. Contaba, pues, con la primera condición que consideraba indispensable para que un país arribara a su fase imperialista.

En cuanto al desarrollo económico, observó que el país cuna de la Revolución Industrial, ya en esos momentos se había convertido en el taller del mundo, pagando con productos fabriles sus insumos de productos agrícolas y de materias primas. Por eso mismo se había convertido en el gran mercado de dinero del

²⁸ _____ : *El imperialismo a la luz de la Sociología*, Selección y Prólogo de José A. Fernández de Castro, p. 10.

mundo y en la principal reguladora de las transacciones comerciales a escala planetaria.

Entretanto, los países europeos, que fueron los primeros en sufrir los embates de la potencia económica inglesa, habían hecho lo posible para detener esa penetración, lográndolo en medida sustancial. Entonces a Inglaterra se le hizo necesaria la expansión hacia las regiones tropicales, que constituían la línea de menor resistencia para su acción colonial en todo el orbe. De modo que la expansión inglesa hacia esos territorios, según Varona, obedece a causas «de orden profundamente social, porque son de orden esencialmente económico».²⁹

He aquí como, refiriéndose a Inglaterra, apreciaba el hecho: «Ha sido necesario buscar desaguadero a su inmensa producción; buscar dónde emplear un capital ocioso, procurar que los múltiples productos de su industria fabril [...] no se estancaran sin salida».³⁰ Así, pues, la expansión imperialista inglesa obedece esencialmente, como había afirmado, a causas de orden económico, con lo cual se alejaba de lo que es más característico de la teoría orgánica de la sociedad.

Carlos Rafael Rodríguez apreció que en esta Conferencia «como en todas sus indagaciones, el aspecto económico del problema recibe la atención adecuada, porque Varona, superando con ello una vez más al positivismo, siempre atendió al sustrato económico de la historia». Este enfoque, «le permitió comprender las causas del fracaso español en sus colonias y las del alzamiento cubano del 68 como ningún otro de sus contemporáneos».³¹ Es posible añadir que esto también lo hizo respecto al del 95. En el mismo sentido se ha pronunciado Raúl Cepero Bonilla, quien ha estimado que fue Varona uno de los iniciadores de la historiografía científica en Cuba, precisamente por haberla asentado sobre la base de un fundamento económico.³²

Pero para la realización de su misión colonial, Inglaterra debía contar, además, con una cultura mental superior. No se le escapó a Varona el efecto que produjo la situación creada en la mentalidad inglesa, sobre todo en los agentes protagónicos de

²⁹ E. J. Varona: *El imperialismo a la luz de la Sociología*, Selección y Prólogo de José A. Fernández de Castro, p. 111.

³⁰ Ídem.

³¹ *Ibidem*, p. 116.

³² *Ibidem*, p. 117.

aquella misión. Observó que «nada es más interesante de notar que la facilidad con que los hombres discernen teorías que vengán a dar forma de imperativo mental a las necesidades de la práctica».³³ Resulta significativo que siguiendo esa dirección, no limitara la acción imperialista al factor económico como único, sino que advirtió cómo dicha acción se irradiaba por los más diversos campos, sin que necesariamente y siempre fuera de modo plenamente consciente. Por eso acotó que «a la par que van sus ejércitos y sus comerciantes extendiendo su imperio, el pueblo de la metrópoli encuentra en sus sabios, en sus filósofos, en sus literatos, en sus políticos, a los amamantadores de las ideas que han de poner en correspondencia su actividad con sus necesidades y aspiraciones».³⁴

Por lo visto, concebía al individuo humano como un ser social concreto que, insertado en sus condiciones específicas de su vida, refleja sus necesidades e intereses, dando forma a los objetivos y aspiraciones que se plantean realizar en las prácticas de la vida.

Valga la aclaración de que la finalidad de Varona no se reducía a explicar las características que distinguían al imperialismo inglés, sus causas y sus manifestaciones. Inglaterra solamente fue tomada en calidad de modelo para su estudio; pero no era esta el centro de sus preocupaciones. Habiéndose asignado una misión contraria a la de los ideólogos del imperialismo, su objetivo era advertir a los cubanos del peligro que sobre ellos se cernía, provenientes de otro país que ya reunía las condiciones indispensables para arribar a la fase imperialista: los Estados Unidos.

Por lo menos desde 1896 había tomado nota de que nuestro país, no obstante ser colonia de España desde el punto de vista político, se había convertido en una dependencia comercial y económica de los Estados Unidos. Sobre esa base previó la posibilidad de una intervención de aquel país en el conflicto que sostenían los cubanos contra España por su liberación nacional en esos precisos momentos.

Años más tarde, ya producida la intervención y nacida Cuba como República formalmente independiente, en 1905, teme al desenvolvimiento que había tenido la Doctrina Monroe, en vir-

³³ *Ibidem*, p. 119.

³⁴ _____: «El clericalismo en la Universidad, en *El pensamiento vivo de Varona*, p. 56.

tud de la cual el país norteño se había asignado a los países tropicales de América como zona exclusiva de influencia, esta vez contando con el visto bueno de Europa. Entre esos países tropicales se encontraba el nuestro. En efecto, ya había nacido la República, pero con el estigma de la Enmienda Platt; una Enmienda que, al menos en cuanto a las relaciones internacionales, había dejado las gallinas al cuidado del zorro. Advirtió en aquel momento que «para los vecinos de la Unión Americana tiene importancia extrema conocer el fenómeno y darse cuenta de su magnitud».³⁵

Expresó en esa ocasión que los pueblos que tienen conciencia de su valor moral están obligados a hacer frente a todos los peligros, lo mismo si provienen de la furia desencadenada de los elementos, que de la complicada trama de las leyes sociales; que, en fin, son los pueblos mismos los que han de labrar su propio destino. Procuraba que el nuestro se labrase el mejor posible.

Para hacer frente a los peligros que entrañaba la acción del imperialismo estadounidense aconsejaba, en primer lugar, fortalecer la unidad política y étnica de la nación, así como trazar una política fiscal adecuada, que no gravara sensiblemente los productos de primera necesidad, puesto que encarecían la vida, sobre todo de los trabajadores, entorpeciendo la necesaria unidad de todas las fuerzas nacionales. Contemplaba, además, un aspecto que desde 1885 había merecido su atención: superar la deformación estructural de nuestra economía —en lo cual abundaba en 1887 en su artículo «El azúcar y los optimistas»— dependiente prácticamente de un solo producto de exportación y de un solo mercado, lo que nos ponía a expensas de las oscilaciones del de nuestros poderosos vecinos. De ellos provenía la mayor parte de nuestras exportaciones, como casi todos nuestros insumos, tanto los de la vida personal como los de la producción. En esa situación, concedía un importante papel a desempeñar por los comerciantes. Y puesto que en su mayoría no eran cubanos, veía en esto un serio peligro para el grupo étnico cubano.

Por último, estimaba imprescindible alcanzar una cultura superior, tanto en el plano científico-técnico como en el plano de

³⁵ E. J. Varona: «El clericalismo en la Universidad», en *El pensamiento vivo de Varona*, p. 58.

una ética humanista y patriótica. Varona concedía una significación de primer orden a la educación y a la ciencia y, en fin, la elevación de la cultura en el conjunto de la vida social, como factor imprescindible de liberación de todo tipo de trabas.

Fue esta una de las razones especiales por la que, siguiendo a su modo la tradición elaborada por sus antecesores, enfrentó lo que llamó espíritu clerical en la Universidad, el cual, dando primacía a una de las dos fases de la evolución, la conservadora, se dirigía a inmovilizar las sociedades, para hacerlas retornar a tiempos ya sepultados.

Entendía que esa pretensión al cabo resultaría inútil, porque el pasado, aun cuando a intervalos parece revivir, en realidad no resucita. Lo cual no implica que le fuera indiferente combatir esas concepciones retrógradas, enfrentando a quienes se habían empeñado en que el espíritu nuevo se impregnara del espíritu viejo, para sustituirlo o al menos para adulterarlo. Para él, por el contrario, «el pasado debe estar siempre ante nuestros ojos, mas no para envolverlo en una luz intensa que nos deslumbré, sino para escudriñarlo sin pasión y arrancarle sin temor sus enseñanzas».³⁶

En el contexto específico de Cuba, todavía unida al dominio colonial, este asunto asumía una importante dimensión. La defensa de la ciencia y del espíritu laico en la enseñanza tenía, en realidad, se declarara o no, una honda significación política, orientados hacia la justificación de la emancipación del país. Por eso, tomando nota del divorcio cada vez más grave entre la Iglesia y el Estado moderno a partir de la Revolución Francesa, tendiendo la vista hacia el futuro, apuntó que «una religión oficial trae como corolario una clase sacerdotal privilegiada; es decir, organizada para resistir con todo su enorme poder a las innovaciones del pensamiento, por las cuales se transforman y mejoran las sociedades».³⁷

Fijando la atención en la Edad Media, en la que la Iglesia Católica fue dominante en Europa, convirtiendo a la ciencia y la filosofía en siervas de la teología, situación que no había sido plenamente superada en nuestra Metrópoli, afirmó: «Sin la Reforma, que sacudió, dividió y quebrantó para siempre el pode-

³⁶ Ídem.

³⁷ E. J. Varona: *De la Colonia a la República*, p. 226.

roso organismo que había constituido el sacerdocio católico, el Renacimiento no da sus naturales frutos y la civilización europea queda estancada. Véase en dónde está Inglaterra y en dónde se ha quedado España».³⁸

Advertía, sin embargo, que el Estado sin religión no quiere decir individuos sin religión. La religión debe ser definitivamente un asunto privado, puesto que debe existir una plena libertad de conciencia. El Estado nada tiene que hacer con el sentimiento religioso, que existirá más o menos vivaz, y tomará formas más o menos duraderas, según las circunstancias étnicas e históricas de cada pueblo. Pero si instituye una determinada religión como oficial, el Estado privilegia esa religión, subordinando la conciencia de unos individuos a la de los otros, traicionando el primero de sus deberes: instituir y proteger el derecho a la libertad de conciencia de todos sus ciudadanos.

Si se analiza cómo se presenta la cuestión religiosa en Varona, sería posible advertir que si por sus más íntimas convicciones personales fue ateo, su ateísmo fue abierto y militante por su posición frente a la Iglesia Católica como institución, dada la función reaccionaria que esta desempeñaba en nuestro país.

No debe extrañar, entonces, su confesión posterior en la cual dejó constancia de que siempre, cuando encontraba un espíritu sincero en sus creencias, lo miraba con respeto, cuando no con sincera simpatía. La lucha que en todos los frentes desplegó contra la religión, especialmente la católica, no podía constituir para él una finalidad en sí misma, ni estaba dirigida a atacar y herir a los creyentes sinceros. La subordinada a su interés por fundar el derecho de su patria a la independencia, iluminando las conciencias de sus hijos, hasta el punto de que la libertad de pensar les pudiera convencer de la necesidad de luchar por ella. En esa tarea, estimó que la ciencia sería uno de sus mejores aliados.

La ciencia no era concebida por él únicamente como un medio indispensable para emancipar las conciencias, sino también como un instrumento para el dominio de las fuerzas naturales, hasta el límite en que consideraba esto posible. Fue por eso que desde 1887 recomendó — para hacer frente a la compe-

³⁸ _____ : *La instrucción Pública en Cuba. Su pasado, su presente*. Trabajos sobre la educación y la enseñanza, p. 167, Comisión Nacional de la Unesco, La Habana, 1961.

tencia de la producción de azúcar de remolacha — la organización científica de la industria azucarera y su separación de la agricultura, lo cual exigía de la formación de peritos y agrónomos capaces de dar una respuesta satisfactoria a esta necesidad. Esto constituye una expresión de cómo concebía la indispensable relación entre el desarrollo de la ciencia y la satisfacción de las necesidades más apremiantes del país, para lo que estaba llamada a servir como vehículo la educación. Por eso abogaba por una educación científica y de carácter popular.

Se trata de un antecedente que nos indica cuáles fueron las bases sobre las que concibió la Reforma de la enseñanza que desde su cargo de Secretario de Instrucción Pública promulgó en 1900. Habiendo entendido que en esos momentos no era aconsejable un enfrentamiento abierto a los interventores y que no existía la posibilidad de optar por una mejor alternativa en el plano político, subordinó dicha Reforma al objetivo general de alcanzar la independencia económica de la nación, aunque esto no fuera realizable en plazo breve. Para esto era indispensable la formación de los especialistas capaces de impulsar un desarrollo económico moderno, que a la vez, fuese independiente. Por eso creó las carreras idóneas para llevar a vías de realización ese objetivo, priorizándolas por sobre aquellas que eran de su preferencia personal.

Para hacer posible la realización de sus fines debió cambiar, además, los métodos hasta entonces vigentes en la enseñanza superior, puramente reproductivos y memorísticos. Le interesaba más, no lo que los educandos pudieran conservar en su memoria, sino lo que supiesen hacer. Por eso procuraba que la enseñanza fuese práctica y experimental y que los profesores se dedicaran, no a dar recetas ya hechas, sino a enseñar cómo se aprende, cómo se investiga. Procurando imbuir en los profesores un nuevo espíritu, dijo que una Escuela, un Instituto, una Universidad, deben ser talleres donde se trabaja, no teatros donde se declama.

Puesto que la independencia económica era concebida como el medio imprescindible para obtener y afianzar nuestra verdadera independencia política, se propuso fortalecer nuestra identidad como nación a la que, bajo la ocupación militar extranjera, veía en serio peligro. Estaba al tanto de las intenciones de «americanizar» a nuestro pueblo mediante la educación y pre-

sentaba batalla en el campo en el que se había entablado y era posible esa lucha: en el de las ideas.

Continuando la misma línea de acción que desde 1898 había esbozado, al ser creada la República entendió que la mayor suma de cordialidad en nuestras relaciones, junto a poca política y mucho trabajo, mucha ciencia y mucha cultura, debía ser el programa a realizar en lo adelante. Estaba persuadido de que «el trabajo no puede ser bien dirigido, ni ser productivo de modo remunerador, si no lo fecunda la ciencia».³⁹

Estimaba que la ciencia era sólo un elemento, esencial desde luego, para la educación de nuestro pueblo. El otro, que apreciaba no menos necesario, era la formación de los individuos en una ética humanista y patriótica que le sirviera de complemento. Por eso afirmó que desde la escuela hasta la Universidad, la tarea de la educación era la de formar hombres: «Hombres que sean capaces de actuar frente a la naturaleza, para sacar de ella las utilidades que le permitan vivir y desarrollarse». Pero a la vez «que se sientan solidarios de sus coasociados, para concurrir con ellos a la generosa empresa de hacer mejor, más bella y noble la condición humana».⁴⁰

En fin, así como el ojo y el oído valen según la mente a la que sirven de instrumento, así la mente vale según sea «la capacidad del corazón que la inflama, para abarcar mayor o menor espacio del pasado, del presente y del porvenir del hombre y dolerse de sus espantables caídas, y exaltarse y moverse a emulación con sus gloriosas conquistas».⁴¹

No le era indiferente el destino que se le pudiera asignar a la ciencia en la sociedad. Sus adquisiciones debían encaminarse al mejoramiento del hombre y al bien de la patria, que es la cuota con que deben contribuir los pueblos al mejoramiento de la humanidad. Su ideal educativo, por cuya realización en la práctica siempre se esforzó, tenía sus raíces en otro de carácter más general, en el cual quedaba incluido: su ideal de sociedad, al que nos hemos referido páginas atrás. En virtud de este, para Varona la ciencia no debía ser privilegio de elite alguna. Aspira-

³⁹ E. J. Varona: «Discurso pronunciado en la Universidad de La Habana», 1903, en *El pensamiento vivo de Varona*, p. 77.

⁴⁰ *Ibíd.*, p. 87.

⁴¹ _____: *Emerson. Discursos y Conferencias*, p. 193.

ba elevar el nivel de las masas, puesto que para él, siguiendo a Varela, lo que más interesa es el nivel de la generalidad.

Es posible agregar que esa misma posición en defensa de la educación científica con carácter popular fue extendida a las manifestaciones del arte, dada su relevante función en el conjunto de la vida social. Habiendo entendido que el arte y la ciencia son las dos alas que le permiten al hombre remontarse a cotas de una mayor altura en el campo de cultura y la civilización, deseaba que el número de los que supieran apreciar y gustar de las variadas expresiones artísticas fuese cada vez mayor y se lamentaba imaginando sobre cuántas vidas brumosas, monótonas, estériles, luciría un sol claro y fecundante, si no se les hubiera dejado consumirse y ahilarse, como planta escuálida de paramera, en la indiferencia y la inacción.

Estimamos oportuno precisar que Varona se acogió a una concepción liberal en la orientación de su labor educativa. Pero liberales fueron, por regla general, los patriotas cubanos del siglo XIX, cuando Cuba estaba sometida al dominio colonial español, representado por un Capitán General, dotado de poderes omnímodos. Es conocido que la raíz fundamental del liberalismo radica en la defensa del individuo frente al poder del Estado. En su caso, frente al poder de un Estado colonial, caracterizado por el despotismo.

Téngase presente que cuando en 1884 se refirió a Emerson —quien no en balde había suscitado también la atención de José Martí— apreció que aquel se orientaba a depositar en el hombre la posesión y la disposición de sus propias fuerzas, a «armar al individuo con sus propias armas, reintegrándole la posesión de su personalidad, para impulsarlo por la vía de todas las conquistas, de todos los progresos».⁴²

Admiraba a Emerson, pese a que lo valoraba como a un idealista casi místico. Esto no era lo más importante para él. Lo que suscitaba su admiración era su sinceridad, su amor por los oprimidos y que no por aquello dejaba de preconizar la independencia de carácter y estimular la acción; porque según interpretó, orientaba constantemente al individuo en esta dirección: «Siempre la independencia, nunca el aislamiento; siempre la acción, nunca la inercia, jamás el desaliento».⁴³

⁴² E. J. Varona: *Emerson. Discursos y Conferencias*, p. 311.

⁴³ _____ : Discurso pronunciado en la Universidad de La Habana, Ob. cit., p. 70, 1903.

Habiendo reconocido el carácter social del hombre y, en consecuencia, la necesidad de la solidaridad entre ellos, comprendió que la formación del individuo implica determinada disciplina. Por eso afirmó que «vivir implica dependencia y requiere un círculo más o menos estricto de limitaciones».⁴⁴ El individuo humano no existe aisladamente, sino como miembro de una determinada comunidad y en este sentido es un ciudadano. De ahí el carácter imprescindible de imponer, mediante una regulación idónea, el respeto a los demás. La disciplina era de todo punto necesaria, por ejemplo en las Universidades, centros científicos de una nación, donde por lo general se forman o se deben formar sus directores. Sin la formación en una disciplina que imponga estrictas limitaciones a la conducta individual, no es posible forjar un sentimiento de identidad con la institución, ni el respeto a los intereses de los distintos sectores sociales que, en sentido general, deben estar representados en el Derecho y ser protegidos por el Estado. Por eso sentenció: «Someterse a la regla, reconociendo su necesidad, su conveniencia, su insigne utilidad educadora, es poner la razón al servicio de la disciplina y es llegar a la libertad en la obediencia».⁴⁵

Según apreciaba: «Fuera de la disciplina no queda sino el desenfreno del egoísmo individualista, enemigo y destructor al cabo de sí mismo. Desde temprano conviene poner al hombre frente a esta antinomia de la existencia en sociedad. Necesita aceptar la ley común, para salvar cuanto hay en sí de propio y personal. De otra suerte, creyendo remontarse a un maximum de libertad, corre a despeñarse en la mayor servidumbre, que es la de la impotencia y la destrucción».⁴⁶

De ese modo quería formar ciudadanos. La protección de la libertad individual no significaba, para él, la defensa de un desenfrenado egoísmo individualista, en oposición a los intereses de la colectividad. Todos debían acogerse a las regulaciones existentes, siempre que fuesen concebidas en función del respeto a los intereses de los demás. Pero aquel egoísmo, no reconociendo más fronteras que las del interés privado, echa por tierra la necesidad de la solidaridad entre los hombres, tanto en una insti-

⁴⁴ *Ibíd.*, p. 82.

⁴⁵ *Ibíd.*, p. 83.

⁴⁶ _____ : *La tregua política. De la Colonia a la República*, p. 232.

tución específica como en una comunidad nacional históricamente constituida.

A propósito, vale recordar que cuando la revuelta política interna que lleva por nombre la *Guerrita de Agosto*, a raíz de la cual se produjo la segunda intervención nortea en nuestro país, observó que aquella fue provocada por la lucha que había desencadenado el egoísmo de los pequeños y grandes caciques de las provincias y de los grandes patronos de la capital y ciudades importantes del país.

En sus concepciones sobre la sociedad, siempre se opuso a las jerarquías postizas, y en nuestras circunstancias, a las impuestas por el caciquismo, que llevaba en sí el espíritu de facción, en el que no estaban representados los verdaderos intereses de nuestro pueblo. Por eso no se afilió a ninguno de los partidos creados al nacer la República, considerando que desde su inicio estaban impregnados por ese espíritu de facción, abogando por la creación de un gran y único partido de unidad nacional. Entonces, utilizando sus concepciones sociológicas y poniéndolas en función de explicar la realidad política nacional, lastrada por el caciquismo, afirmó que «este régimen descansa aquí y en dondequiera que existe, en una población pobre e ignorante, que busca protección en individuos más favorecidos, unas veces por simpatía y otras por miedo».⁴⁷

Constataba desde entonces que su ideal social, al que no había renunciado, en la práctica estaba condenado a la frustración. Por eso, a más de pronunciarse por la estabilidad política interna —que consideraba imprescindible para nuestra independencia, puesto que podía ser utilizada como argumento demostrativo de nuestra incapacidad para el gobierno propio— estimó que «no menos necesario resultaba mejorar las condiciones de vida del pueblo, sumido en la pobreza casi absoluta y en la ignorancia completa, para convertirlo cada vez más en el principal instrumento de nuestra regeneración. Pero en vez de abaratarle la subsistencia, se la han encarecido; y en vez de hacer de él, por medio de la cultura y el bienestar, el sostén del orden y las instituciones, se le ha utilizado para su propia desmoralización...».⁴⁸

⁴⁷ E. J. Varona: «En estudio», *De la Colonia a la República*, p. 231.

⁴⁸ _____: «Emerson», *Discursos y Conferencias*, p. 308.

De lo anterior se deduce que en su apreciación el caciquismo constituía el principal causante, en el plano político, de la situación que padecía el pueblo. Pero también interesa destacar que, según lo dicho, identificaba el concepto de pueblo, en lo fundamental, con aquellas clases y sectores sumidos en la pobreza y la ignorancia, a los cuales soñaba convertir en los mejores instrumentos de la regeneración nacional. Una regeneración que entendía necesaria, para la que era indispensable proporcionar cultura y bienestar a esas grandes masas, sin lo cual no se podría forjar la indispensable unidad nacional, sin la cual no se podría nuclear a todo el pueblo en torno a un ideal común, enfilado hacia la obtención y consolidación de la plena independencia patria.

No fue, si atendemos a lo que ha quedado expuesto, un exponente de los intereses exclusivos de las masas trabajadoras; pero nunca dejó de tener en cuenta esos intereses, como ingrediente inseparable de su ideal de justicia social; como elemento que proporciona sentido a su aspiración a la unidad, para hacer posible la lucha por un ideal común.

De cualquier modo, ya desde muy temprano expuso que el pueblo es quien desempeña un papel preponderante en la historia, considerado en relación con las grandes personalidades. Estas se limitan a ser los catalizadores de los acontecimientos que expresan demandas de las grandes masas. Estimaba que la concepción contraria se nutre de un panteísmo teñido de fatalismo, entrando en contradicción con el más genuino individualismo. Esto fue lo que, a su parecer, había sucedido con Emerson. Puesto que, según pensaba, el idealismo de un modo u otro se nutre de una fuente fideísta, siempre estará encaminado a negar el poder evolutivo al cuerpo social en su conjunto, poniendo en ciertos individuos aislados una fuerza superior que determina el movimiento de todo el agregado. A esa fuerza superior deben subordinarse todos, en detrimento de cada individuo. Esta concepción, según Varona, representa «el fatalismo encarnado en los grandes hombres; la teoría de los hombres providenciales, rejuvenecida y exornada con toda suerte de galas y fantasías».⁴⁹

⁴⁹ E. J. Varona: «Ojeada al movimiento intelectual en América», *Estudios y Conferencias*, p. 85.

Se percataba a plenitud de lo que podría significar para nuestro pueblo esperar por uno de esos grandes hombres destinados por la providencia para proporcionarle su independencia. Por eso dijo que los pueblos no pueden esperar por milenarios ni Mesías; que son ellos mismos los que labrarán su propio destino; en fin, que son los pequeños los que realizan las obras que después se le atribuyen a los grandes.

Fue esta una concepción sustentada desde la etapa inicial de su obra. La puso de manifiesto ya desde 1876, cuando enfrentó las posiciones sostenidas por Teófilo Martínez de Escobar, reaccionario español empeñado en negar a los pueblos americanos y, en particular, al cubano, su derecho a la independencia. Este, si admitía la aparición fortuita de alguna gran figura americana, era sólo como caso aislado, como excepciones de la regla general. Por eso Varona, respondiéndole, escribió: «Los sabios profundos, los grandes maestros, los ingenios eximios, no se producen espontáneamente, sino que son anunciados y prometidos por una gran cultura científica, artística o literaria». De modo que «donde llegan a señalarse esas personalidades eminentes, van dejando tras de sí otras muchas, menos caracterizadas, que le sirven de base y de sustento».⁵⁰ En su consideración, no debían ser concebidas como hongos gigantes, aparecidos de modo casual en medio de una vegetación palustre y rastrera.

Cuando se refirió a la poetisa camagüeyana Gertrudis Gómez de Avellaneda dijo que «todo ser humano, grande o pequeño, es el producto de dos factores: el personal, el que lleva en sí, y el del medio del que le rodea».⁵¹ En el que lleva en sí lo relaciona con las características de cada uno; pero también cómo se refractan las condiciones generales de la sociedad de que se trate, así como las muy específicas que rodean la vida personal de todo ser humano. Si para Varona el hombre es un ser eminentemente social, entonces son las condiciones sociales existentes las que desempeñan un papel fundamental en la formación de la personalidad del individuo humano. Llegando a más, se percató de que no son iguales para diferentes grupos sociales. De tal modo, las grandes personalidades sólo pueden ser, como afirmó

⁵⁰ _____: «Sobre la Avellaneda», *Discursos y Conferencias*, p. 424.

⁵¹ _____: «Emerson», *Discursos y Conferencias*, p. 307.

en su estudio sobre Emerson «producto antes que causa del progreso histórico».⁵²

Teniendo a la vista los males causados por el caudillismo latinoamericano, al que sus partidarios pretendían justificar con el argumento de la incapacidad de los pueblos para darse buenos gobiernos, siguiendo procedimientos genuinamente democráticos, razonaba: «Pero si tan incapaz es la colectividad ¿por qué ha de ser más capaz un individuo salido de esa colectividad?». Tampoco creía que las clases que disfrutaban de una posición social superior tuviesen «el privilegio de tener mayor vista, mejor inspiración y más don de acierto».⁵³

En su concepción de la vida social advirtió una determinada correlación entre la necesidad y la casualidad. La aparición de una gran personalidad, considerada por él como un fenómeno casual, responde a la necesidad, entendida como la demanda creada en el curso del desarrollo histórico de una sociedad determinada. Así lo expresó cuando dijo: «En todo movimiento histórico hay siempre algo accidental, que no cabe confundir con lo permanente; lo permanente son las ideas que conforman un estado social».⁵⁴

No negaba, desde luego, el destacado papel que suelen desempeñar las grandes personalidades en la historia. Tuvo a la vista a José Martí, de quien destacó, por sobre todo, su capacidad de organizar y de aunar a todo un pueblo en torno a un ideal común.

Pero al referirse tanto a Martí, como a Maceo y Gómez, a propósito del desembarco de estos en las costas cubanas con el fin de emprender la lucha de liberación nacional en 1895, en unión de muy pocos hombres y aún con menos recursos, escribió que su audacia habría sido pura demencia, si no hubieran sabido que los aguardaba un pueblo dispuesto a enfrentar la muerte en pos de la victoria.

La concepción de que la aparición de una gran personalidad constituye un fenómeno casual, pero que responde a la necesidad de solventar determinadas demandas históricamente creadas, indica que de algún modo estableció, en líneas generales,

⁵² _____ : «Desconcierto», *Patria*, 3 de mayo de 1899.

⁵³ Ídem.

⁵⁴ E. J. Varona: *Cuba jamás fue servil*, p. 411, Artículos, Publicaciones del Ministerio de Educación, La Habana, 1951.

una adecuada correlación entre la necesidad y la libertad en el campo específico de la vida social.

Habiendo reconocido el carácter universal de la relación causal adoptó, inobjetablemente, una concepción general determinista. Pero asumir esta, no necesariamente implica la adopción de la variante mecanicista, de la cual algunos le consideran adepto. Esta variante se caracteriza porque no concede libertad alguna a los hombres ni, consecuentemente, a las orientaciones que siguen en el despliegue de su actividad. Mas, no es esto lo que el propio Varona nos dice cuando afirma que «el hombre no es libre; pero se hace libre. Empieza por obedecer, acaba por escoger, pero no escoge por capricho, escoge determinándose».⁵⁵

En realidad, se opuso tanto al determinismo mecanicista, como también a los que sostenían la concepción del libre albedrío. He aquí cómo lo hace: «Enriqueciendo la conciencia con experiencias y preceptos, depurando los sentimientos, escapa el hombre en la medida de lo posible al yugo de hierro de la determinación, acto reflejo, y su actividad, despojada de un ciego automatismo, se espacia por campos, al parecer tan ilimitados, que se siente, que se cree libre».⁵⁶

Para él, ambas concepciones resultan unilaterales e inadecuadas. Si la conciencia, enriquecida con experiencias, resumidas en forma de ciencia, junto a la depuración de los sentimientos, expresada en determinados preceptos morales a seguir en la conducta, le permiten escapar al yugo de hierro de la determinación, esto sólo se puede lograr en la medida de lo posible, porque esa determinación no por eso desaparece totalmente. El hombre no puede sustraerse del determinismo, pero sí puede educarlo y guiarlo, lo que significa vencerlo. Ni es un autómatas, ni puede existir completamente libre de toda determinación, porque de lo contrario su conducta en sociedad resultaría invalorable. En ambos casos, por carecer de un criterio objetivo al cual remitir la valoración de esa conducta.

De ese modo, el grado de libertad de que puede disponer está en relación directa con la posesión de la ciencia y la ética; de la cultura en su sentido más general. Como Martí, de otra forma, pero de igual manera, entrevió que ser cultos es el úni-

⁵⁵ _____: *Curso de Psicología*, p. 416, Imprenta El Retiro, La Habana, 1905.

⁵⁶ _____: *Fundamento de la Moral*, p. 265.

co modo de ser libres. Mas, como la cultura es un producto del desarrollo histórico, cuyo nivel está en dependencia del grado en que el hombre haya dominado la naturaleza y sus propias relaciones sociales, esto es, superando sus instintos animales, humanizándose, la propia libertad es también un producto histórico.

Según su punto de vista, la idea «es sólo el punto central entre la impresión de lo objetivo y la reacción del sujeto para modificar su medio».⁵⁷

Teniendo en cuenta el lugar central que ocupa la idea en la psiquis humana, como de algún modo la relativa independencia de esta respecto a la realidad objetiva que en ella se refleja, advierte la posibilidad de su enriquecimiento. Es aquí precisamente donde encuentra el terreno fértil en que ha de sembrar el educador. Por eso, refiriéndose a la idea, afirmó: «Todos los esfuerzos del educador deben confluir para robustecerla y perfeccionarla».⁵⁸

Expresándose como el ilustrador tardío que en realidad fue en nuestras condiciones históricas específicas, —un héroe de la cultura, representativo de la ilustración en nuestro país, le llamó Raúl Roa— concibió a la educación como la forma de la práctica que más interesa al hombre. Hizo una distinción entre la educación espontánea, producto de la simple relación con el medio —que tomó en calidad de una relación causa-efecto— y la conscientemente orientada. Reconocía que era muy difícil organizar esta debidamente; pero si se lograra «podemos estar ciertos de que el hombre no posee en lo social instrumento semejante de perfección. Uno u otro o muchos pueden resistirlo; las generaciones en masa, no. La acumulación de estas modificaciones acaba por transformar una sociedad entera».⁵⁹

Los resultados de sus esfuerzos en el estudio de cualquier aspecto de la vida social y, en particular, en el de la educación, arrancan y vienen a confluir todos en la fundamentación e instrumentación teórica del ideal social que soñaba realizar en la realidad de la vida. A ese ideal subordinó el concepto de democracia que hizo suyo, el que también debe ser de interés para el estudio de sus concepciones sociológicas generales.

⁵⁷ _____ : *Curso de Psicología*, p. 416.

⁵⁸ Idem.

⁵⁹ _____ : *Fundamento de la Moral*, p. 263.

No limitó el contenido del concepto democracia a un simple régimen político. En correspondencia con su concepción del factor económico como el primario en el conjunto de la vida social, más allá, incluyendo en el contenido de ese concepto una dimensión económica. Así lo hizo patente cuando en 1900, abogado ya al nacimiento de la República, declaró que Cuba aspiraba a la democracia, pero a distancia considerable de ser un país democrático. «Bajo esa opinión mía en factores de orden económico. Una sociedad vaciada en los moldes de una economía de plantaciones, no se transforma de la noche a la mañana en una verdadera democracia».⁶⁰ Veamos por qué lo concebía así.

Hizo esas declaraciones al calor de una polémica acerca de cuál debía ser el rumbo a seguir por la economía cubana en el futuro. Entonces, como antes lo había hecho, se manifestó contra la tendencia que ponía el desarrollo del país en dependencia del incremento de la producción azucarera. Esto significaba un estímulo para la monoproducción y el latifundio azucareros, herencia de la economía de plantaciones que había caracterizado al dominio colonial; conjuntamente, para la acentuación de la dependencia económica del país de un solo producto, ligado prácticamente a un solo mercado. Ya para entonces ese mercado era el de nuestros vecinos norteamericanos. Propendía al incremento de las inversiones en otras ramas de la economía, en la agricultura especialmente, a fin de que fuera diversificada e hiciera posible un fuerte comercio interior. Se orientaba por la tesis, formulada más tarde, pero de hecho sustentada desde antes, según la cual la plena independencia política de la nación no se podría afianzar sino en su independencia económica.

Había notado la estrecha relación existente entre todos los factores que intervienen en la vida social, como lo puso de manifiesto en su concepto de democracia, en el que atendió a su significación literal de poder del pueblo. En su consideración, este concepto no estaría validado en la realidad de la vida social cubana, si persistía y se incrementaba el latifundio azucarero. De esto se deduce que bajo las condiciones reinantes, la democracia en Cuba podía ser una aspiración, no una realidad, puesto que no podría ser instaurada mientras perdurara una distribución tan desigual de la riqueza, en la cual quedaba implicada la deformación estructural

⁶⁰ _____ : «Habla el Sr. Varona», *La Lucha*, 15 de marzo de 1900.

de nuestra economía. Concebía la democracia como un determinado estado en la realidad socioeconómica de la nación, como un proyecto a realizar, cuya ejecución implicaba profundas transformaciones a realizar en la sociedad cubana; no únicamente como un régimen político susceptible de ser implantado con independencia de las condiciones económico-sociales reinantes en el país, cualesquiera que estas fuesen.

De paso, apuntemos que para la realización de ese ideal no podía, como hizo explícito, adherirse incondicionalmente a la teoría liberal del *laissez faire*, a que tiende el liberalismo en su expresión más pura.

En el vínculo que reconocía entre los distintos factores que intervienen en la vida social, adquiría una importancia particular el existente entre los factores económicos y políticos. Es posible apreciarlo en las valoraciones de que hizo objeto a la que tomó como versión genuina de la teoría marxista.

En 1906, analizando la situación que había dado lugar a la *Guerrita de Agosto* y, con ella, a la segunda intervención nortea en nuestro país, expresó que dicha teoría representaba la exageración de un hecho cierto, porque hacía depender toda la evolución social únicamente de los factores económicos. Reconoció, sin embargo, que estos «sí están en la base de los más aparentes y decisivos».⁶¹ Es casi innecesario aclarar que dicha teoría nunca ha sostenido algo contrario a lo dicho por Varona.

Tomando esta tesis como punto de partida en un bosquejo panorámico de la entonces más reciente historia de Cuba, llegó a la conclusión de que los males que aquejaban al país se debían a su estructura económica y a los cambios que esta había introducido en todos los demás factores de nuestra vida colectiva. Observó que en 1868 los cubanos tenían la tierra y la riqueza agrícola; pero que como consecuencia de la guerra desatada a partir de esa fecha, habían perdido la riqueza, sin que hubieran podido alcanzar la independencia política. En la guerra de 1895, en cambio, si de algún modo habían obtenido el poder político, no se había podido recuperar el predominio económico del cubano, situación que, según observaba, tendía a empeorar.

Entendía que en el breve período transcurrido desde el inicio de la vida republicana, esta situación, lejos de ser superada, se

⁶¹ E. J. Varona: «¿Abriremos los ojos?», *De la Colonia a la República*, p. 228.

había acentuado por nuestra imprevisión y bajo el empuje de la inversión extranjera. Vinculaba esta situación, signada por el latifundio y la deformación estructural de nuestra economía, con la miseria y la ignorancia de nuestras masas trabajadoras. El caciquismo que se había entronizado en nuestra vida política, unido a su secuela, el espíritu de facción, que traía consigo la inestabilidad política, no podían sino empeorarla. Cuba no era una colonia, puesto que no era ya gobernada y explotada por España; pero continuaba siendo una tierra de explotación bajo la égida del capital extranjero.

Su talón de Aquiles⁶² era ahora la cuantiosa inversión extranjera, en interés de cuya protección se había producido la nueva intervención, esta vez en virtud de la ya establecida Enmienda Platt; una intervención que había resultado en contra de un gobierno legalmente reconocido por los propios interventores, contraviniendo las prácticas vigentes del Derecho internacional. La razón verdadera residía en que eran los sublevados, esparcidos por nuestros campos, quienes realmente amenazaban esas propiedades. Por eso enfatizaba en que aquellos que habían venido en son de amigos, en realidad habían llegado con el fin oportunista de salvar la riqueza amenazada.

En su consideración, se hacía indispensable la recuperación de la riqueza ya caída en manos extrañas, así como evitar que se continuara con la imprevisión que nos había traído hasta aquel estado. Esto, junto a una política fiscal que no gravara sensiblemente los artículos de primera necesidad, el mantenimiento del orden y la paz, unido todo al propósito de superar la deformación estructural de nuestra economía, fueron los aspectos centrales del programa que concibió para el Partido Conservador, el cual contribuyó a fundar en 1907. Fue elevado por ese Partido a la vice-presidencia de la nación en las elecciones celebradas en 1912, acompañando a Mario G. Menocal como Presidente. A poco, por su desacuerdo con la gestión del gobierno, renunció a la Presidencia del partido, siendo prontamente inhabilitado para presidir el Congreso, como le correspondía por su cargo. Con esa renuncia se desentendía de la política al uso en el país, ya inficionada por una corta, pero tenaz y perniciosa tradición. No renunció a su cargo para no ser, él mismo, un

⁶² _____ : «El Talón de Aquiles», *De la colonia a la República*, pp. 223-226.

factor de inestabilidad pública, la que podía servir de pretexto para nuevas intervenciones

Ya pasados los años, en su vejez luminosa, se enfrentó a la tiranía de Machado, terminando por ser reconocido como el Maestro por excelencia de la juventud revolucionaria de los años treinta del recién pasado siglo. Para esa fecha había llegado a reconocer que el socialismo, lo quisiera o no, sería el régimen que en un futuro inmediato sustituiría al sistema capitalista. No se adhirió totalmente a este nuevo ideal, enarbolado ahora en correspondía con las nuevas condiciones y las nuevas perspectivas que había creado el desenvolvimiento real de la historia nacional. Pero tampoco se replegó hasta coincidir con las fuerzas de la reacción, ni le negó su apoyo y su aliento a la juventud que lo sostenía, fundido a su patriotismo.

Por el contrario, en memorable carta dirigida a Jorge Mañach, nos llamó a los cubanos a hacernos dignos de los tiempos que entonces alboreaban. De ese modo, el curso de su vida y las posiciones que en ella adoptó, constituye la mejor demostración de que, pese a haber adoptado la teoría orgánica de la sociedad, le introdujo modificaciones sustanciales, que ya en sus manos no fue la misma. Esto cual prueba de modo fehaciente que no fue Varona un simple eco de concepciones elaboradas en otros contextos sociales, muy distintos de los nuestros.

Los nuevos elementos introducidos hicieron posible que le pautaran el camino hasta la meta final a que llegó, lo cual fue facilitado por sus concepciones sociológicas generales. Con esto se hizo posible que sirviera de puente, según apuntara Carlos Rafael Rodríguez, entre nuestro pasado y nuestro presente. Su singularidad estriba en que el entronque entre el más típico patriotismo decimonónico y el correspondiente a la nueva época, se produjo en sí mismo y aún en vida.

Bibliografía

GUADARRAMA, PABLO: *El pensamiento Filosófico de Enrique José Varona*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1987.

C. R. RODRÍGUEZ: «Varona y la trayectoria del pensamiento cubano», *Letra con filo*, t. III, Ediciones Unión, La Habana, 1977.

- E. J. VARONA: «Ojeada al movimiento intelectual en América», *Discursos y Conferencias*, Edición oficial de Enrique José Varona, La Habana, 1936.
- _____ : «El Positivismo», *Estudios literarios y filosóficos*, Imprenta la Nueva Principal, La Habana, 1883.
- _____ : *Conferencias Filosóficas. Moral*, Establecimiento tipográfico O'Reilly, La Habana, 1888.
- _____ : «La moral en la evolución», *Estudios literarios y filosóficos*.
- _____ : «Discurso en La Fraternidad», *De la colonia a la República*. Editorial Cuba Contemporánea, La Habana, 1919.
- _____ : *Artículos*. Publicaciones del Ministerio de Educación. La Habana, 1951.
- _____ : «Discurso por la Recepción en la Academia Nacional de Artes y Letras», en Pichardo, Hortensia: *Documentos para la Historia de Cuba*, t. III, La Habana, 1973.
- _____ : *De cómo no es una paradoja la igualdad*. Selección y Prólogo de José A. Fernández de Castro, Secretaría de Educación Pública, México, 1943.
- _____ : «El bandolerismo», *Revista Cubana*, La Habana, junio de 1888.
- _____ : *Conferencias Filosóficas, Lógica*. Editorial Miguel de Villa, La Habana, 1880.
- _____ : *Cuba Contemporánea*, La Habana, 1921.
- _____ : *Fundamento de la Moral*, Editorial Appleton y Cía, New York, 1903.
- _____ : «Los cubanos en Cuba», en Lizaso Félix: *El pensamiento vivo de Varona*, Primer Festival del libro Cubano, Lima, Perú.
- _____ : *El imperialismo a la luz de la Sociología*, Selección y Prólogo de José A. Fernández de Castro.
- _____ : «El clericalismo en la Universidad», en *El pensamiento vivo de Varona*.
- _____ : «En estudio», *De la Colonia a la República*.
- _____ : «La instrucción Pública en Cuba. Su pasado, su presente», *Trabajos sobre la educación y la enseñanza*. Comisión Nacional de la UNESCO, La Habana, 1961.
- _____ : «Discurso pronunciado en la Universidad de La Habana», en *El pensamiento vivo de Varona*, 1903.
- _____ : «Emerson», *Discursos y Conferencias*.

- _____ : «La tregua política», *De la Colonia a la República*.
- _____ : «Ojeada al movimiento intelectual en América», *Estudios y Conferencias*.
- _____ : «Sobre la Avellaneda». *Discursos y Conferencias*.
- _____ : *Desconcierto, Patria*, 3 de mayo de 1899.
- _____ : «Una carta y su comentario», *Cuba Contemporánea*, La Habana, mayo de 1922.
- _____ : *Cuba jamás fue servil*. Artículos. Publicaciones del Ministerio de Educación. La Habana, 1951.
- _____ : *Curso de Psicología*, Imprenta El Retiro, La Habana, 1905.
- _____ : «Habla el Sr. Varona», *La Lucha*, 15 de marzo de 1900.
- _____ : «¿Abriremos los ojos?», *De la Colonia a la República*.
- _____ : «El Talón de Aquiles», *De la colonia a la República*.